

Algunos Intereses Comunes de la Sociología y de la Dirección Educativa

Por E. B. REUTER, de la University of Iowa. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción de Angela Müller Montiel.

EN un sentido general, la dirección educacional parece sintetizar y hacer patentes ciertos propósitos que se encuentran implícitos en todo procedimiento educativo. Toda educación es dirección. Es inevitable que cualquier cuerpo de educadores influya más o menos fuertemente, la conducta de los educandos. Los aspectos de los procedimientos escolares que no están directamente o indirectamente, inmediata o remotamente relacionados con la dirección, pueden considerarse superfluos o faltos de significado. En cambio, la dirección, en el sentido general de desarrollo del carácter y la personalidad, de la ayuda práctica vocacional, de las actividades recreativas y saludables, de las orientaciones cívicas, etc., es un esfuerzo para ayudar al estudiante a definir las aspiraciones de su vida, así como para prepararlo a fin de que pueda realizarlas tan completamente como sea posible. Aparentemente este es el objeto principal y la función específica de la educación, la justificación y el propósito de las escuelas.

Sería impertinente, de parte del sociólogo, que pretendiera instruir al educador profesional o que le ofreciera consejos al director experto. Pero ambas disciplinas se tocan en varios puntos; el educador y el sociólogo tienen cierta comunidad de intereses; hay problemas que les son comunes y por lo tanto, hay también, ciertas bases de comprensión y cooperación. El contacto entre los dos intereses ofrece un campo de provechosa interacción.

La sociología, como rama abstracta de la ciencia, se ocupa de la sociedad como interacción humana, de la integración y unidad social, de la comunicación, determinación y desarrollo de la personalidad, de la herencia y organización social y de otros conceptos y procesos abstractos e impersonales que a veces parecen distantes e irreales. La educación y la dirección educacionales, como actividades concretas y prácticas, se ocupan de transmitir la herencia social y de adaptar al niño al ambiente que lo rodea. La escuela realiza su función sobre la base de un conjunto de concepciones y creencias, en relación con la naturaleza humana, con la personalidad social y con la sociedad y la cultura. Ningún sistema de educación y de dirección educativa puede operar sin la sociología, no importa cuán desligados estén los educadores de los postulados sociales. La sociología, implícita en el procedimiento educativo, puede no ser reconocida como básica; puede venir directamente del sociólogo profesional, puede ser de origen incierto y ser adquirida de segunda mano, o puede ser también tomada de las ideas comunes que circulan entre la comunidad y el folklore. Pero haciendo caso omiso de la fuente de donde se deriven las ideas sociológicas y de la validez de las mismas, siempre hay, en el fondo de todo procedimiento educativo, un conjunto de doctrinas sociológicas.

Parece esencial para los que se dedican a formular programas de dirección educativa, la comprensión adecuada de la naturaleza humana y del ambiente primario del cual surge y se

nutre. Es necesario también que el director profesional comprenda la naturaleza de la personalidad humana, su desarrollo y su determinación, dentro del amplio campo social y cultural. Ambos son tanto factores como productos. El éxito que pueden lograr depende, en gran parte, tanto de la comprensión de lo que se desea producir como de los medios de que se dispone. Estos problemas se encuentran en la médula de la sociología y de la dirección. Si la sociología estuviera más desarrollada como ciencia, tendría mucho que decir respecto a los procedimientos prácticos de dirección. Sería una gran ventaja para los procedimientos directivos, tener a la mano un conjunto de conocimientos sociológicos científicamente adecuados y autorizados que trataran los procesos del desarrollo de la naturaleza y la personalidad humana, así como del desarrollo y cambios culturales y sociales. Pero, en la actualidad, la sociología tiene más problemas que soluciones, se preocupa más de comprender que de dogmatizar. Aspira a aprender de los éxitos y fracasos de los trabajadores empíricos —de los experimentos sociales y educativos— más que a influenciar el carácter de las prácticas comunes.

En la actualidad, está de moda dar un sentido muy amplio al término educación, concebirla como la serie de procesos vitales que producen los cambios en las personas y en los grupos, y no como la rutina del salón de clase. Enseñar es algo mucho más amplio que impartir determinadas materias, es una manifestación de la experiencia individual en todos los diversos tipos de interacción social en los que participa el niño. De acuerdo con esta concepción de la educación, se presume que los cambios en los modelos de conducta de las personas y grupos, se producen por la formación de hábitos y la adquisición de conocimientos; la educación del niño se ve estimulada, dirigida, acondicionada y controlada por todos los factores de ambiente que influyen en el crecimiento y desarrollo de la persona. Según este punto de vista, la escuela no es más que una entre varias agencias educa-

tivas; el hogar, el parque, la vecindad, la iglesia y la comunidad, son factores igualmente importantes para la educación y la dirección educativa.

Para el desarrollo de la personalidad, las agencias y situaciones extraescolares son las más importantes en el proceso del crecimiento. La personalidad surge de situaciones en las que participa el individuo y a cuyo estímulo responde. Los contactos que se establecen entre los niños en los grupos escolares, las fraternidades, los equipos de juego y los clubes son, en general, mucho más importantes para determinar el carácter y la personalidad que la rutina de la escuela. Muchos de los valores sociales y morales que imponen los grupos a sus miembros, no se transmiten a través del proceso educativo formal de las escuelas; la interacción social informal, a menudo no verbal, que se establece al entrar en contacto con la vida, es la principal responsable de la transmisión de la herencia social. Dicha educación informal puede ser, y a menudo lo es, completamente inintencionada y sin embargo, de este modo es como se transmiten y perpetúan la mayoría de los conocimientos no técnicos, las actitudes persistentes, los sentimientos, las ideas y las creencias. Y esta parte de la herencia social es particularmente efectiva en la formación de la personalidad y el carácter del niño. Específicamente es este aspecto, más que cualquier educación formal el que determina la aparición de hábitos viciosos, actitudes antisociales y formas de delincuencia.

No es posible formular un programa efectivo de dirección educativa sin tomar en cuenta la influencia relativa, más o menos científicamente determinada, de las diversas situaciones de grupos (familias, vecindad, escuela, etc.), en que participa el individuo. Debe comprenderse el fondo social del niño. Al reconocer este hecho, los educadores prestan mayor atención a las influencias formativas del ambiente. Se ven obligados a hacerlo así, puesto que las influencias extra escolares tienen una reper-

cusión inmediata sobre los problemas de la escuela. Esto significa que, si la escuela ha de funcionar efectivamente como una institución directora y educadora, debe ser una parte integral de la organización social y responder a las necesidades y condiciones de la comunidad. Para resolver en forma realista cualquier problema particular concreto, es necesario tratar también los problemas coexistentes. Un verdadero problema de dirección educativa requiere también un programa de educación de los padres y de los adultos y de bienestar común.

De esta manera queda ya aclarado que, cuando los problemas de educación y dirección se enfrentan a la verdadera realidad son, en gran parte, problemas sociológicos. El perito en dirección trata, en forma concreta y práctica, los mismos procesos y relaciones que el sociólogo trata en un plano abstracto y teórico. Todo contacto efectivo entre las dos disciplinas es mutuamente provechoso: las generalizaciones sociológicas, bien sean de orden científico o de sentido común, son esenciales para todo programa de dirección; a su vez, el trabajo del educador proporciona datos muy útiles para perfeccionar el sistema teórico.

La necesidad de un conjunto más o menos elaborado de maquinaria formal para guiar el desarrollo vocacional y cívico de los adolescentes, es de origen relativamente reciente. Para la mayoría de los grupos humanos infantiles se aceptan sin restricciones los puntos de vista sociales y morales que dominan en la comunidad y se adquieren las habilidades vocacionales que son útiles en el momento. Solamente cuando la cultura se ha hecho compleja, surge la necesidad de una ayuda especializada para el ajustamiento, y sólo cuando las poblaciones son racial y culturalmente heterogéneas, aparece la necesidad de realizar esfuerzos especiales para el ajustamiento de la personalidad y el desarrollo del carácter.

En las sociedades simples e indiferenciadas el ajustamiento del niño es relativamente fácil. La vida es sencilla y rutinaria.

La gente vive cerca de la naturaleza, los medios de vida son directos, hay muy poca diferenciación ocupacional. Cada persona hace todo, o la mayor parte de lo que hacen los demás. No hay problemas de comunicación efectiva puesto que todas las personas tienen casi las mismas experiencias. Los grupos son cultural y racialmente homogéneos, por lo tanto, no hay conflictos de sentimientos, de actitudes o de standards de vida. Los cambios son escasos y las sociedades están bien equilibradas. Los valores y tradiciones son estables e invariables y así, no existen la delincuencia ni el desorden. La transición de la infancia a la juventud es natural y fácil, sin períodos de irritación ni desajuste. En estas condiciones, no hay, virtualmente, problemas de dirección.

Algo muy parecido se observaba en la vida americana aún hasta principios del siglo. Las comunidades rurales antiguas eran unidades aisladas. Los grandes intereses de la vida y hasta muchos de los pequeños, estaban concentrados en el hogar, la iglesia y la comunidad local. El área de las relaciones sociales, incluyendo los medios de viajar, era de unas cuantas millas y comprendía solamente pocas familias. La homogeneidad cultural producía, standards, creencias y prácticas comunes. La educación vocacional, tanto del muchacho como de la muchacha, era simple y se llevaba a cabo naturalmente, a través de la observación y de la participación en las actividades del hogar y de la granja, bajo la dirección del padre, de la madre y de los hermanos y hermanas mayores. La escuela existía para enseñar un mínimo de instrucción; no se pretendía que hiciera más. Solamente los muchachos que no eran físicamente aptos para el trabajo de la granja, eran enviados lejos del hogar a fin de que se prepararan para otra ocupación. No había necesidad de una dirección vocacional. La iglesia se encargaba de cuidar las costumbres y era, al mismo tiempo, el centro de la vida social de la comunidad. No había problemas para la adolescen-

cia y la juventud, puesto que las condiciones de la sociedad no los creaba.

La vida moderna urbana es la que ha creado la necesidad de la dirección educativa. La composición de la población es extremadamente heterogénea y los standards sociales que resultan, lo mismo que los valores culturales son distintos y divergentes. La estructura cultural de nuestra sociedad moderna es muy compleja y los cambios sociales son demasiado rápidos. La juventud debe estar convenientemente ajustada, tanto social como personalmente respecto a los diversos valores sociales y culturales, pues de otro modo se desorganiza y adquiere un carácter delincuente.

La vida, en un medio urbano, es abstracta, fraccionada y secundaria. Los valores son seculares; las relaciones son impersonales, competitivas y faltas de arraigo. La tendencia es siempre más hacia la atomización que hacia la integración de los hombres en la sociedad. Todas las circunstancias del momento cooperan a distraer la atención de los grupos e intereses locales, para enfocarla hacia las actividades nacionales y mundiales. Las fuerzas modernas son subversivas, en cuanto minan y destruyen el sistema de relaciones que sostiene a la sociedad. La influencia de la familia, de la vecindad y de la iglesia declina constantemente. El proceso de socialización que funcionaba fácil y tranquilamente en las relaciones íntimas y personales de la organización vecinal, requiere ahora, una dirección continua y elaborada en el medio impersonal y secular de la ciudad.

Las condiciones para vivir y prosperar en el medio moderno imponen una forma de vida cuyos efectos se hacen sentir sobre el carácter y la personalidad. Es consecuencia educativa de la forma de vida impersonal, es una desocialización de la persona, una tendencia a hacerla egoísta e individualista, más bien que humana y sociable. El predominio de las relaciones abstractas y de explotación ha creado, virtualmente, un nuevo tipo de

seres humanos. Se hace necesaria la falta de naturalidad para adaptarse a las relaciones secundarias de una sociedad compleja y el niño aprende muy pronto. En una área de standars y prácticas múltiples y divergentes, la persona se vuelve tolerante e indiferente, no sólo frente a las formas de vida extrañas, sino también frente a las propias. En un ambiente complejo la juventud “conoce su camino”, “sabe todo lo que le concierne” y “conoce todas las respuestas”. Tiene confianza en sí misma, no es tímida con el resto de las personas y se expresa libremente. Desarrolla actitudes cínicas hacia la vida y hacia los valores tradicionales y convencionales. Hay una individualización creciente, con la consiguiente tendencia a sustituir la participación social por la bebida o por otros rápidos estímulos orgánicos. Los principales problemas sociales del día, con referencia a la desorganización personal, vicio, pobreza, delincuencia, crimen, desórdenes mentales, etc., son expresiones de una estructura social que ha emancipado al individuo del control cultural y socializante.

La vida moderna, con sus repercusiones sobre la personalidad y el carácter plantea el problema de la dirección educativa. Dicho problema consiste, en términos generales en socializar al niño dentro de una comunidad que tiende constantemente a desocializarlo y a deshumanizarlo.

Impone también los métodos y procedimientos de una dirección efectiva. Socialización es el producto de la participación en el grupo y en la vida social. No es algo que pueda aprenderse en un curso. Surge de la vida familiar, de la comunidad entre los miembros del grupo, del campo de juego y de otras experiencias de conjunto. La dirección efectiva requiere la participación de la persona en las actividades del grupo, la integración del mismo dentro de la comunidad y de la unidad local, dentro de la sociedad general.

Muchos esfuerzos de dirección se han desviado por tratar los desajustes personales como casos individuales, segregados del grupo social. Pero todo tipo de conducta, bien sea delincuente, bien sea legal, ha sido aprendido, es un producto de la vida del grupo y de la comunidad. Siempre es un error, el ocuparse de los individuos, el tratarlos separadamente, y no como miembros de la comunidad. Los profesores frecuentemente prestan demasiada atención al niño inadaptado y muy poca a las relaciones del grupo y de la sociedad que generalmente determinan su conducta. Los trabajadores sociales conceden una atención indebida a los casos individuales descuidando los grupos y comunidades que producen los conflictos personales. También los ministros se han hecho culpables, muy a menudo, de esta desviación de la atención.

El individuo se socializa a través de la participación, se le controla al incorporarse a la sociedad. La persona no viola las normas del grupo al cual pertenece. La dirección educativa, ya sea del niño, del adolescente o del adulto, debe reconocer que la familia, la vecindad, los grupos comunales en los que participa el individuo, son las unidades efectivas de control social. Tanto la tarea de la dirección, como la de todas las instituciones de control social, es la de reforzar los grupos primitivos y locales y extender su influencia.

El problema de la dirección educacional ha sido planteado por nuestra manera de vivir y por nuestra concepción del propósito de la educación. Se necesita que nuestra filosofía educativa exprese claramente, si hemos de funcionar efectivamente dentro de los límites establecidos por nuestra sociedad. ¿Cuál es, específicamente, el objeto de la educación en el mundo moderno? La cuestión se evita generalmente con algún razonamiento oportuno, cuya fórmula verbal varía de acuerdo con el grado de sofisticación. La ausencia de una filosofía básica se hace penosamente evidente en la historia que padecen numerosos adminis-

tradadores de colegios. Frente a los ataques comunes contra las humanidades, las ciencias puras y los estudios en general, algunos capitulan inmediatamente y se apresuran a afirmar que nunca han creído realmente en la importancia de otra cosa que no sea la tecnología y las artes aplicadas.

A la altura de la escuela secundaria hay varias concepciones, diversas en cierto aspecto, acerca de lo que se espera que la educación y la dirección educativa realicen. Una de ellas proclama que la función de la educación escolar consiste en adaptar al estudiante al orden social dentro del cual, como adulto, debe ajustarse; otra establece que la escuela es, más o menos abiertamente, el instrumento para perpetuar el *status quo*; y otras más la consideran como una institución destinada a cambiar el orden social y a producir una nueva forma de vida.

Las teorías modernas parecen contener la idea de que todo organismo, en su interacción con las condiciones del medio durante su desarrollo, logra adaptarse. La acomodación o los cambios de conducta que el organismo realiza para adaptarse, es lo que el individuo debe aprender. En el caso del niño, este aprendizaje se refiere especialmente al comportamiento, que como ser sociable, tiene que adquirir, adaptándose o acomodándose al medio social y cultural.

Si nos introducimos detrás de esta fachada verbal, las realidades e implicaciones de práctica e ideología son extremadamente interesantes. Se ha encomendado a los primeros grados escolares la tarea de orientar a los niños hacia la cultura básica. Deben aprender cómo comportarse dentro de la cultura, y cómo ajustarse a los ideales dominantes. Se les enseñan los elementos de la instrucción y se les familiariza con determinados ideales democráticos y principios morales. Pero, en los grados superiores, la escuela deja de ser democrática; su función es más bien acomodar a los niños dentro del orden social, que proporcionar una preparación igualitaria y común.

Una expresión, frecuentemente repetida en nuestra sociedad es que “hay bastante lugar en la cúspide”. Se emplea, por los padres, los maestros y los jefes, como estímulo para lograr una mayor actividad y honradez en el cumplimiento de los trabajos. Por supuesto que esta afirmación es justamente lo contrario de la verdad; en realidad, solamente hay sitio en la base de la pirámide social. Si la dirección se rige por el principio de que hay lugar en la cima, resulta completamente fuera de la realidad y se convierte en un instrumento para crear niveles de aspiración que son imposibles de alcanzar; proporciona una orientación ilusa con la consiguiente desorganización personal.

Si la escuela ha de llenar realmente la función de ajustar a los niños a nuestra estructura social, tal como ella es, no debe permitir, más que a un pequeño porcentaje de las clases inferiores, que aspire a ascender en la escala social. Si permite que todos los niños sean educados para una situación más elevada, la sociedad tendrá que echar mano de otros medios para subordinarlos en caso de que nuestro sistema de clases se perpetúe. Para que la dirección ajuste efectivamente a los niños a la estructura social, los hijos de las familias de clases inferiores deben estar advertidos de que hay cosas que no pueden tener y a las que no deben aspirar y cómo tienen que portarse dentro de su desfavorable situación económica. Igualmente, los hijos de las clases superiores deben ser instruídos de lo que les es permitido en la misma situación. Decidiéndonos a ser brutalmente realistas, debemos reconocer que la dirección designada a adaptar al niño al orden social debe ocuparse principalmente de matar las ambiciones del pobre y de acomodarlo a las posiciones inferiores que ocupa en la sociedad.

Esta concepción de la dirección como ajustamiento del niño al orden social en el que debe vivir, generalmente se convierte en otra versión de la doctrina de que el propósito de la educación es mantener y perpetuar el *status quo*. Los que resultan

beneficiados con el orden social existente se esfuerzan, por todos los medios posibles, en perpetuar las costumbres y transmitir las condiciones sociales invariables a sus descendientes. Es necesario organizar a las masas para que sostengan las condiciones existentes. Las clases dirigentes, utilizan con este fin a la escuela, a la iglesia y a otras agencias de control. Un sistema de dirección educativa que opera como programa de ajustamiento, fácilmente se inclina a funcionar en provecho de la minoría dominante, más bien que en interés del niño o del grupo social en conjunto.

Finalmente, la educación y la dirección educativas pueden ser consideradas como instrumentos para cambiar el orden social y para reorganizar el mundo. La escuela puede ser empleada, y a menudo lo es, como medio de propaganda; entonces la dirección educativa se convierte en una técnica para adoctrinar a los niños en la ideología de un movimiento social. El sociólogo se encuentra profesionalmente interesado en los esfuerzos y en el éxito que éstos obtienen en la propagación de ideologías sectarias, así como en los intentos para combatir los prejuicios provinciales anacrónicos y las actitudes que se transmiten a los niños y adolescentes a través de los medios culturales de propagación.